

LA TRAMA

Lucinda Nava Alegría / Facultad de Filosofía y Letras

Yo dibujo estas letras
Como el día dibuja sus imágenes
Y sopla sobre ellas y no vuelve.
Octavio Paz

Lentamente, como si gozara un secreto placer contenido en sus pasos, la mujer de la isla recorre la galería; blanca su túnica, blancas también las columnas en las que se apoya cuando impensadamente suspende su paseo, las que acaricia, lenta, muy lentamente, como si quisiera curar con el frío mármol su fiebre; blanco el palacio entero, como un milagroso témpano que los cálidos rayos del sol purpúreo —que irrumpe por el oriente incendiando las nubes— no pudieran fundir; como una iridiscente salina delicadamente suspendida en lo alto del acantilado, como las gaviotas que en su trayectoria todo lo abarcan, cien veces cruzan el disco solar y otras tantas tocan el oscuro mar con sus alas.

En esta tierra el tiempo se desliza inconscientemente porque nadie lo mide (es un río de corrientes tranquilas que cruza parajes deshabitados, las vidas que contiene no alteran su curso, son el curso mismo), o porque todos lo miden de un modo distinto. Para los pescadores el tiempo es sudor y sal que cuarteja la piel, es el enceguedor brillo del mar, más terrible conforme el sol se eleva, es la red vacía y la vela rota, todo lo que existe entre la partida y el retorno a la casa de juncos, al sueño y la nada. Para el pastor que habita el fértil sur de la isla el tiempo es, en cambio, la suave melodía ascendente de una flauta tocada a la sombra de una encina.

En la majada el porquerizo tiene dos tabletas de barro, plenas de tenues marcas, ambas son para él la prueba concreta de un transcurrir que se va cumpliendo tan monótona y repetitivamente como el rito cuyo significado ha sido olvidado; son tan idénticos los sucesos que forman el transcurrir, que definitivamente sólo pueden ser expresados por una sucesión ininterrumpida de marcas semejantes inscritas en dos tabletas de barro; en una anota la presencia de una ausencia, un “tampoco hoy llegó” que se descubre irrevocablemente cada vez que el sol se hunde en el mar; en la otra señala la disminución de la piara, los cerdos sacrificados para las fiestas nocturnas son registrados en ella. El aumento de marcas en ambas tabletas le hace intuir trabajosamente la existencia de una relación peculiar: piensa que en la isla el menos va aumentando más y más.

El hijo, hermoso, con incendios de odio en la mirada, en su carro suicida recorre veloz la isla; como la fiera en su jaula se revuelve inquietante y

नमो भगवते वासुदेवाय

•

terrible, para él no hay noche, ni día, corre y vive consumiéndose en la flama de una obsesión. Quiere ser el real dueño del palacio blanco por el que deambula sombríamente, de la isla que recorre sin sosiego, de todo lo que abarca su inquieta mirada, de su cuerpo, sus pasos y su inquieta mirada; imaginar los crímenes que cometerá para lograr su propósito, es la materia de que está hecho su tiempo.

Los pretendientes, aves nocturnas, saben gozar el placer de lo efímero; una jarra de vino o el cuerpo de la esclava contiene —para ellos— el principio, medio y fin del instante; a veces, en medio de las caricias y el ruido de los címbalos, recuerdan vagamente que muchas noches atrás llegaron al palacio procedentes de tierras lejanas con un firme propósito, pero, lo que no acaban de dilucidar, a través de la fragante bruma que envuelve su memoria, es el carácter de dicho propósito. Podría afirmarse, sin lugar a dudas, que en el fondo no desean recobrar su identidad, presienten que están fatalmente enredados en la trama sutil de un engaño, por ello, prefieren evitar la luz del sol y los espejos.

Para los dioses el tiempo, simplemente, no es; pero, para la mujer de túnica blanca que lentamente recorre la galería el tiempo es . . .

La mujer de la isla, en este momento, se ha detenido, su oscura mirada, que hasta ahora había flotado sin sentido por encima de las cosas, se fija en algún diagrama de los mil que adornan el piso; no puede afirmarse, sin embargo, que en realidad lo esté contemplando, es más acertado pensar que en el momento en que su mirada se posaba sobre el dibujo, haya recordado algo, de tan vital importancia, que la hizo permanecer suspensa en este hermoso gesto en el que la he sorprendido: los pliegues del vestido agitados por el viento delinean sus miembros, en la cabeza sus cabellos ondean como oscura bandera y los brazos caen con delicada impotencia a lo largo del cuerpo.

Ahora, recobra el movimiento, sacude la cabeza, alza los brazos y de una palmada (el pescador que brega afanosamente con las redes se vuelve repentinamente como si alguien lo hubiese tocado en el hombro; en el prado la melodía de una flauta se interrumpe; con ansiedad tira de las riendas, el carro se detiene en el momento preciso en que saca el puñal y observa con cuidado el paraje, buscando al enemigo que presintió hace un instante; en sus lechos los huéspedes borrachos tienen el sueño inquietante que siempre es olvidado, se ven heridos de muerte por una verdad que penetra en forma de flecha; en el momento en que están a punto de descubrir su identidad son empujados a un sueño más negro y profundo; el porquerizo se levanta de pronto, sabe que en la pira falta otro cerdo), las doncellas discretas invaden silenciosamente la galería, traen con ellas el telar de oro, los hilos de colores y el fino trono.

La mujer se sienta y se dispone a tejer, ha adoptado la actitud solemne que envuelve siempre a toda ceremonia secreta; de esta forma se la ha contemplado infinidad de veces, y el enigma que encierra su actitud ha dado lugar a numerosas leyendas; ella desde su sitial de marfil, con la labor en las manos y a la sombra de la galería, sabe de estas consejas, hasta ella llegan como llega el rumor de las olas, y las risas y cantos de las muchachas que a la orilla del río lavan su ropa; pero, estas fábulas, que giran en torno a la paciencia y a una tela que se teje en el día y se desteje en la noche, no la inmutan, intuye que es observada e interpretada, y asume con valentía su papel; por eso, tal vez, adopta siempre un aire teatral, no quiere ser sorprendida de otra forma distinta a la prevista por alguien; pasea vestida de blanco en la escenografía adecuada: la galería de mármol blanco, en un palacio siempre blanco.

Al azar ha tomado hilos azules de diversos matices, con ellos sus manos hábiles y febriles empiezan a dar forma a una extensión de carácter apacible,

que a pesar de la falta total de perspectiva da la idea de inmensidad y profundidad. . . ahora ya reconozco lo que este plano azul es: el mar. . . Un mar realmente hermoso y transparente que en estos momentos es cruzado por un barco ligero como la brisa, el casco de sándalo y las velas del más fino lino; acodado en la borda, con la mirada perdida, se encuentra un hombre tan maravilloso que ninguna palabra sería capaz de definirlo; aprovecha la calma de los elementos, enfila su embarcación probablemente hacia el rumbo de sus recuerdos, de la añorada y legendaria tierra de un pasado que de hecho no sabe si existió o no; pero, en el fondo de su pensamiento espera la contingencia inesperada que modifique (como tantas otras veces) su trayectoria, que lo arroje a las playas del mundo donde la aventura extravagante deja de serlo, porque es el mundo donde el “podría” es. Espera que la mano que teje su destino introduzca un zigzag salvador, que le impida llegar a ese punto maldito donde tendría que reconocer que ha olvidado el camino de regreso, y que lo ha olvidado porque seguramente nunca existió un lugar al cual regresar.

Frente a un horizonte de una monotonía agobiante, en el que ninguna tierra misteriosa (patria de cíclopes o de lotófagos) se perfila, y donde el silencio de las sirenas aturde el ánimo, el eterno viajero desgrana los instantes de la tregua que vive evocando o inventando imágenes de gran simplicidad. Son imágenes que al llegar a los labios se transforman en palabras como: red, isla, blanco, hijo. . . pero, una imagen es, por encima de todas, la favorita; aquella en la que concibe a una extraña mujer de blanco, que a la sombra de una galería teje una tela, ajena al paisaje, indiferente ante las crisis palaciegas y los percances de la economía pastoril y pesquera que sustenta la isla en que vive, ignorante del mundo amenazante que bulle en los límites mismos de su ámbito simétrico y columnado; de un mundo que depende, en última instancia, del más mínimo de sus gestos para existir. . .

El viajero ha sonreído en medio de su ensoñación, su gesto me revela que conoce el contenido de algún secreto vital, casi es seguro que su gozo se derive del hecho, indiscutible y por supuesto lógico, de ser el único que sabe el carácter y propósito de la labor que ocupa a la mujer que ha inventado.

La mano, que hasta ahora incansablemente iba tramando los hilos de colores y texturas diversas, se ha detenido; la mujer inclinada sobre su obra está sorprendida, la escena que acaba de realizar posee de manera tan definitiva la intención que buscaba en ella, que eso precisamente es lo que la admira. Esta escena muestra a un hombre que desde la cubierta de un barco deja vagar su mirada por la superficie del mar, mientras inventa paisajes y gentes; lo que imagina el hombre está representado en el tapiz por una serie de medallones que rodean la escena del hombre en el barco, en estos medallones se ven paisajes que a veces resultan demasiado bucólicos, como el del pastor que toca su flauta a la sombra de una encina, o imágenes que en su carácter realista llegan a lo desagradable, como aquella donde se puede ver, con todo lujo de detalles, un festín desordenado y violento (tal vez el que los pretendientes celebraran esa noche).

Es sin embargo uno de los medallones el que queda justo encima de la cabeza del hombre del barco, el que atrae la atención de la tejedora; en él ha representado a una mujer vestida de blanco, que a la sombra de una galería teje una tela en la cual se ve a un hombre que parado en el puente de un barco imagina cosas, como por ejemplo, que está captado, en esa misma actitud en la cual se encuentra, en la trama de una tela que está siendo contemplada por una mujer vestida de blanco. . .

La inmovilidad de la mujer me ha hecho pensar, que en su contemplación tal vez haya sido atrapada por el embrujo de este último medallón, que a la

manera de los espejos encontrados repite infinitamente la realidad que refleja; o quizá su actitud se deba a que dicha escena la ha hecho pensar en una posibilidad sumamente peculiar; aquella en la cual se imagina ser el sueño favorito del hombre del barco, su existencia, en este caso, sólo tendría un sentido: representar y comprender a su creador en el acto de estar imaginándola, a ella y al oscuro mundo que la rodea, y que intuye tan confusamente que sólo puede expresarlo a través de las imágenes terriblemente acartonadas que encierran los medallones de la tela que teje.

. . .Un fuerte escalofrío lo devuelve a la realidad, a un mundo crepuscular en el que todos los rojos flotan etérea y caprichosamente agotando toda la gama de matices posibles antes de penetrar en el reino de los violetas y después de una infancia dorada, el barco envuelto en llamas se desliza insensiblemente; es la hora en que la imaginación se desborda impetuosa, poblando el mundo de quimeras confusas, después las aguas se estancan y viene la calma. El incansable viajero siente que le pesan los párpados, sus imágenes se vuelven sensaciones puras, un suave e irresistible temor o deseo de depender, de estar predestinado. . . Cansancio. . . ¿y mañana? . . . Esta noche mientras duermo alguien inventa mi muerte. . . Sus labios se abren para pronunciar una palabra, un conjuro que propicie el ánimo de quien teje su vida, un nombre para el mundo de sus recuerdos futuros, que sea femenino, insular y blanco:

Se aproxima la noche, las sombras caminan trecho a trecho negando lo que tocan, paulatinamente invaden la galería. La mujer ha dejado de tejer, contempla con mirada crítica su labor y la encuentra absurda y desabrida; las escenas que decoran la tela son inferiores, en colorido y fantasía, a otras realizadas mucho tiempo atrás o que aún no han sido ideadas (escenas de combates fabulosos y monstruos legendarios), tejidas y destejidas infinidad de veces. Ella sabe que tiene que continuar la historia de alguien que espera un aplazamiento vital, por ello, esta noche soñará el mañana de un hombre que vive un presente perpetuo; ahora se dispone a dejar en libertad a su personaje, suspendido en una actitud cuyas coordenadas espacio-temporales probablemente sean: el mar, un barco y el sol que se pone; tiene que hacer desaparecer esta imagen, como se esfuman los actos que han sido cumplidos. Su mano creadora empieza a efectuar el verdadero rito de la vida: poco a poco las escenas incompletas se van tornando incomprensibles, los materiales primarios e indestructibles vuelven a su estado puro (está guardando con cuidado hilos de mil colores en sus cajas de plata, y con las finas agujas hace un haz sostenido por una argolla de ámbar), están listos, y mañana con ellos seguirá inventando una vida.

. . .Por fin ha terminado de destejer este capítulo. . . La noche ha vuelto a ganar su lucha secular en contra de la luz, su imperio se extiende por el mundo; es el momento mágico en el que los pescadores regresan a su refugio de juncos, y un cansancio infinito rinde al joven auriga. . . El hombre del barco se dispone a dormir, lo mecen las olas y los sueños de una mujer que en este momento cierra los ojos escuchando lejos, muy lejos, risas y una música que quizá nace de los címbalos. . .